

tenido por un parlamento lleno de vida, eso es lo que no entra hoy en los cálculos de nadie». Tal era el juicio de Inglaterra, del que difería poco el de los Estados monárquicos no parlamentarios.

En Francia, la prensa republicana, desde el *Diario de los Debates* hasta el *Radical*, formuló unánimes protestas, y aun tratándose de la reaccionaria, no hubo completa unidad de pareceres. Los periódicos legitimistas se mantuvieron á la expectativa, y los orleanistas rechazaban generalmente la idea de un golpe de Estado, que los órganos del imperalismo, fieles á las tradiciones de su partido, preconizaban con cínico entusiasmo. «Si la nueva Cámara, escribía uno de los últimos, es republicana, no habrá más que plantarla en la calle». Otro se expresaba en los siguientes términos: «Si el mariscal, teniendo contra sí todos los poderes públicos, dijese: lo mismo me da, me quedo donde estoy; ¿quién iría á arrojarle de su puesto? Si tal fuese su voluntad, podría, con aplauso de la verdadera Francia, prescindir de toda clase de Cámaras». El *Sol*, órgano del centro derecho, no pudo reprimirse ante el descaro de los bonapartistas; acusóles de falta de pudor y dijo que si, lo que conceptuaba imposible, «el mariscal apelaba á la fuerza, violando la ley, los hombres del centro derecho le abandonarían á su suerte.»

Vuelto á abrir el parlamento el diez y seis de Junio, el mariscal, alegando que, en el intervalo transcurrido, las pasiones, en vez de aquietarse, se habían soliviantado más, solicitó del Senado la autorización, exigida por la ley de veinticinco de Febrero de mil ochocientos setenta y cinco, para disolver la asamblea de diputados. Con este motivo, hubo en una y otra Cámara discusiones acaloradísimas, en el curso de las cuales el ministro Fourtou tuvo el mal acuerdo de elogiar á la asamblea de mil ochocientos setenta y uno, por haber sido la pacificadora, la libertadora del territorio nacional. Al oírle, pónense en pie trescientos sesenta representantes, tienden sus brazos hacia Thiers, inmóvil en su banco, le proclaman verdadero libertador del territorio y, durante varios minutos, le prodigan sus aplausos y no cesan de aclamarle. La intemperancia de Fourtou proporcionó este triunfo inolvidable al gran ciudadano: la historia de Francia registra pocas escenas tan conmovedoras. Habiendo accedido el Senado á la demanda del mariscal, la Cámara de diputados fué disuelta el veinticinco de Junio. Según la ley constitucional, debía convocarse al cuerpo electoral en el plazo de tres meses; pero el gobierno, á fin de ganar tiempo, no publicó el decreto de convocatoria hasta el veintidós de Septiembre. Las nuevas elecciones debían verificarse el catorce de Octubre. El gabinete Broglie-Fourtou se entregó sin reparo al ejercicio de la arbitrariedad más desenfrenada, para asegurar el triunfo de los candidatos ministeriales. El mariscal Mac-Mahón, empujado por unos, contenido tímidamente por otros, emprendió una serie de viajes á los departamentos del sur, del centro y del sur-oeste. Recibido en todas partes á los gritos de ¡Viva la República!, silbado en algunas, encerrábase en estudiada reserva al contestar á las

alocuciones que le dirigían, limitándose á pedir elecciones favorables á su política. No podía deducirse de sus palabras qué intenciones abrigaba, en definitiva.

Contando con el apoyo incondicional del gobierno, los monárquicos se preparaban á la lucha, llenos de ardor; mas su impaciencia les tornaba imprudentes, y los celos y rivalidades que entre ellos existían perjudicaban su causa. En cambio, en las filas de los republicanos era admirable el espíritu del deber, de disciplina y, sobre todo, de unión. Desde el primer momento, sus candidatos recomendaron á los electores la más completa calma ante las provocaciones del gobierno: su consejo fué oído, y los ciudadanos se mantuvieron en el terreno de la legalidad, con obstinación invencible. Los diputados que formaban la mayoría de la Cámara disuelta, fueron reconocidos y aceptados, de un extremo á otro de Francia, como los jefes y directores de la resistencia, opuesta á la loca empresa de la reacción: ellos, por su parte, ocultando en el fondo de sus corazones el temor patriótico que á veces experimentaban, no dieron prueba alguna ostensible de debilidad, aparentando constantemente tener absoluta confianza en el éxito final de sus esfuerzos y en el triunfo de la justicia. Su ansiedad, con todo, fué muy grande al saberse, el tres de Septiembre, la muerte de Thiers. Aperciábase éste al combate, estaba citado con Gambetta para leerle su manifiesto á los electores del noveno distrito de París, cuando una congestión cerebral le arrastró rápidamente al sepulcro. Al correrse la noticia, la alegría de los monárquicos contrastó con el estupor de los republicanos. El gobierno quiso costear los funerales. La viuda, aconsejada por los ejecutores testamentarios de su marido, rehusó noblemente el ofrecimiento; y el homenaje debido á la memoria de Thiers se lo tributaron centenares de miles de personas, acompañando su féretro hasta el cementerio del Père-Lachaise. El recogimiento del cortejo y el de la muchedumbre que se apiñaba respetuosamente á su paso, causaron profunda impresión. Al día siguiente, un periódico monárquico protestaba contra el acto realizado, calificándolo de motín mudo é insurrección silenciosa.

Abierto, como hemos dicho, el período electoral el veintidós de Septiembre, el veintisiete del mismo mes publicábase el manifiesto póstumo de Thiers, documento notabilísimo, aunque demasiado extenso. Los agentes del gobierno repartieron profusamente las candidaturas oficiales, y sólo aquellos antiguos diputados de la derecha que no tenían competidor, ó que estaban seguros de ser reelegidos, renunciaron al patronato administrativo, afrontando la lucha sin el apoyo directo de los prefectos y subprefectos, si bien no les faltaba el concurso eficaz del clero, ni el de todos aquellos que, en cualquier concepto, dependían del poder. «Mi gobierno, había dicho el mariscal en una alocución el diez y nueve de Septiembre, os designará, entre los candidatos, cuáles pueden ostentar mi representación.» Mostrándose parte en el litigio, el mariscal se condenaba, como se le había anunciado, á una humillante sumisión, si los candidatos «que podían ostentar

su representación» eran derrotados. La prensa extranjera juzgó severamente esta falta, en que Mac-Mahón reincidió el doce de Octubre, dirigiendo un segundo manifiesto al país, donde abundaban las afirmaciones tan rotundas como inexactas y las invitaciones á votar las candidaturas oficiales: «No, decía, la república no está en peligro.»—«No, el gobierno, no obedece á esas pretendidas influencias clericales.»—La lucha es entre el orden y la anarquía.»—«Votad por los candidatos que os recomiendo.»—«Se ha observado con razón, dice Zevort, que nunca Carlos X, el heredero de una larga serie de reyes y el representante del derecho divino, ni nunca Luis Napoleón, el heredero del hombre más grande de los tiempos modernos y el representante del derecho popular, emplearon un lenguaje tan conminatorio como el mariscal, instrumento de una bandería, descendiente de una familia irlandesa, que sólo representaba los rencores de todas las reacciones y las pretensiones del ultramontanismo. El mariscal había vuelto al revés la frase de Gambetta, y declarado á Francia que debía someterse ó dimitir.»

Llegó por fin, el catorce de Octubre, día de la elección, y de quinientos diez y seis diputados que resultaron elegidos, trescientos diez y siete eran republicanos y ciento noventa y nueve monárquicos. Decididos el día veintiocho los empates que había habido, el número de los primeros se elevó á trescientos veintitrés; el de los segundos no pasó de doscientos ocho. Fourtou había dicho á los prefectos que el gobierno tenía asegurada una mayoría de ciento diez votos. La mayoría, no de ciento diez, sino de ciento trece votos, existía, en efecto, pero era en favor de los republicanos. El país había contestado dignamente al acto arbitrario de diez y seis de Mayo.



CAPÍTULO DÉCIMO-OCTAVO

El Congreso de Berlín

o contaban las grandes potencias con la moderación de Rusia al imponer las condiciones de la paz á Turquía; mas no obstante estar prevenidas, su sorpresa fué extraordinaria cuando conocieron el tratado de San Estéfano. No había que dudarlo: las estipulaciones pactadas implicaban la desaparición de Turquía como Estado europeo. Ahora bien; había, por lo menos, dos grandes potencias decididas á oponerse á los designios de Rusia; eran Inglaterra y Austria-Hungría: aquélla, por juzgar prematuro el fin del imperio otomano; ésta, por codiciar parte de sus despojos; una y otra, por rechazar la existencia de una Gran Bulgaria, que imaginaban había de ser cliente fiel, cuando no vasalla de Rusia. Inglaterra fué la primera en manifestar su oposición; pues al proponerle Rusia celebrar un congreso, contestó, el trece de Marzo, no poder aceptar el pensamiento si la Asamblea no tenía facultades para examinar y juzgar el tratado de San Estéfano en su conjunto. Siguióse, con este motivo, una discusión diplomática en tono agridulce entre los gabinetes de Londres y San Petersburgo, que duró dos semanas, á cuyo término el segundo expuso su resolución de no someter al congreso las cláusulas del tratado que concernían en particular á Rusia y Turquía, es decir, las más graves. Era tanto como querer provocar una declaración de guerra. Sin duda, el czar y su canciller acariciaban la esperanza de atraerse á Austria-Hungría. A tal intento, poco después de firmado el pacto de San Estéfano, había ido á Viena el conde de Ignatieff, con la misión de seducir al emperador Francisco